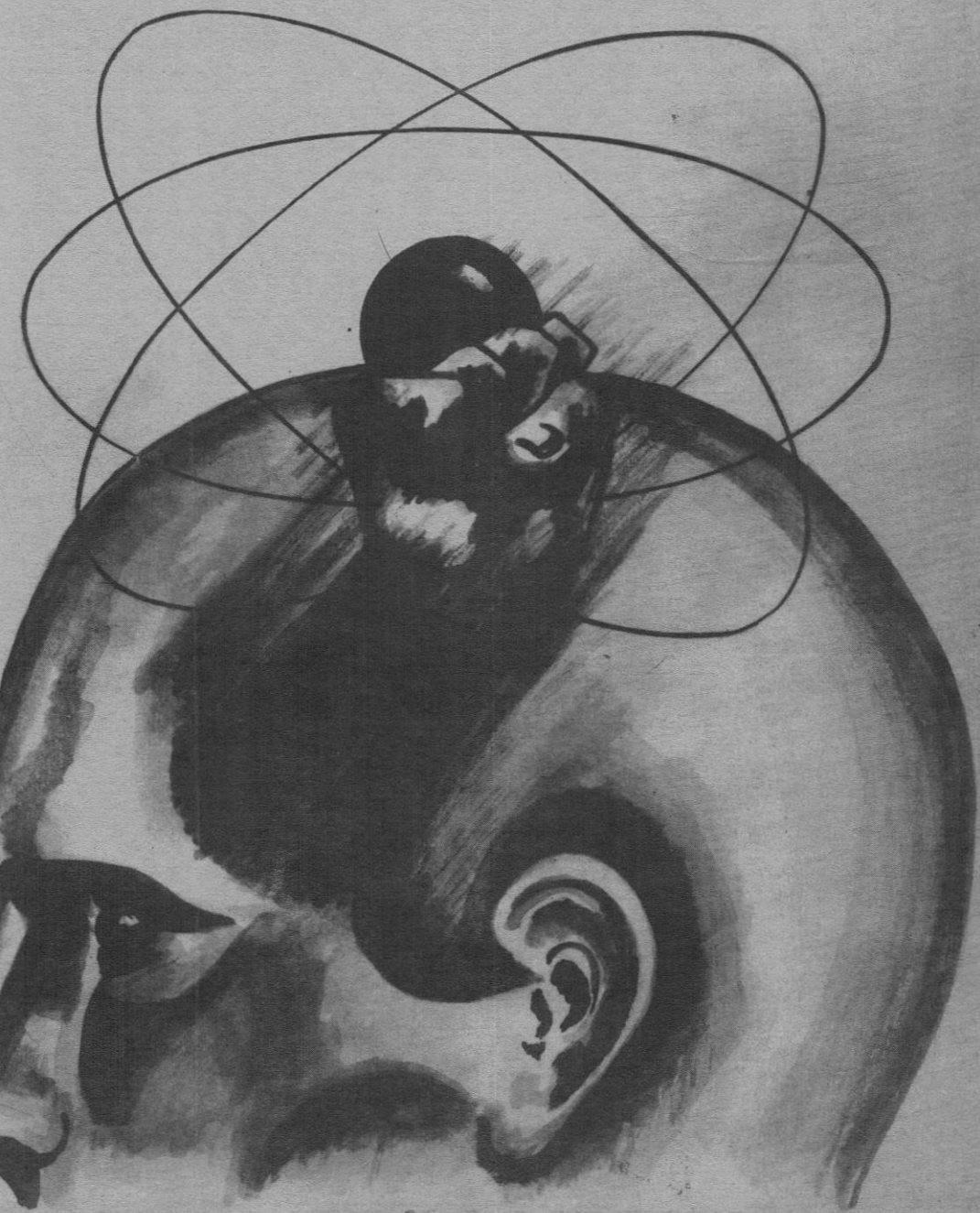


CIENCIA Y POLITICA



Bolivarismo frente a Monroismo

LEOPOLDO ZEA*

"América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur".

HEGEL

Las palabras de Hegel, por lo que se refiere al futuro de la historia universal, resultan ser de especial importancia en los días que se están viviendo en América, respecto a sus siempre conflictivas relaciones. Dos Américas, la del norte y la del sur, la llamada sajona y la llamada latina, resultantes de dos expresiones de la expansión de Europa sobre el mundo a partir del siglo XVI. Conflicto que se hace ya expreso en los albores de la lucha de los pueblos latinoamericanos por alcanzar su independencia frente al imperialismo ibero, como ya la han alcanzado los Estados Unidos frente al imperialismo británico. Conflicto por lo que se refiere al no oculto proyecto estadounidense por llenar el vacío de poder que dejará el colonialismo ibero en América. Conflicto entre el ideal del libertador Simón Bolívar, por integrar a esta América dentro de la libertad, frente al proyecto expreso por el presidente estadounidense James Monroe en una América, unida en función con los intereses de los Estados Unidos. Meollo del futuro enfrentamiento entre latinoamericanismo y panamericanismo, entre nacionalismo e imperialismo. Conflicto que ha tomado especiales características en la Guerra del Atlántico Sur, entre la Argentina e Inglaterra apoyada esta por los Estados Unidos. ¿Será esta la guerra de que habla Hegel? El Che Guevara diría, a su vez: "La lucha en América adquirirá en

* Conferencia dictada en el aula máxima de la Universidad Central, con motivo de la firma del acta de creación del Instituto Colombiano de Estudios Latinoamericanos del Caribe (Icelac).

su momento dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación”.

En la América Latina es ya un sueño viejo la búsqueda y posible logro de una comunidad de naciones que alcancen, libremente, la solidaridad que permita, a todas ellas, pugnar por el logro de lo que les es común sin anulación de lo peculiar, de lo propio, de lo que da identidad a hombres y pueblos. Tres siglos de dominación ibera; española y portuguesa, sobre esta parte del continente que denominamos América Latina, permiten que los pueblos que la sufren mantengan características culturales comunes como lo son la lengua (español-portugués) y la religión católica, que los conquistadores y colonizadores le imponen a lo largo de esos tres siglos de dominio, llegando así al siglo XIX, y ante las coyunturas que la historia europea les ofrece, dispuestas a romper los amarres de dominación colonial impuestos e, inclusive, a plantear la posibilidad de una nueva integración, dentro de la libertad, que tome el lugar de la integración impuesta por el dominio ibero en esta región de América. A lo largo de esta misma América y casi simultáneamente los diversos pueblos que la forman se alzaron en armas dando lugar a la epopeya de la emancipación. De México a Buenos Aires surgen las proclamas que exigen la emancipación y frente a ellas las expediciones represivas que parten de España contra las colonias rebeldes, la misma coyuntura histórica permite al gigantesco territorio, bajo el dominio portugués alcanzar la emancipación pero sin el terror de la represión hispana.

Parte por parte los pueblos dominados van alcanzando su independencia de conformidad con sus propias características y posibilidades. Será en la América del Sur que el venezolano, por nacimiento, Simón Bolívar vea la emancipación de su tierra natal ligada a la emancipación del resto de los pueblos bajo la dominación imperial ibérica. Conciencia que permitirá el anhelo por transformar la integración impuesta por el coloniaje en una integración en la libertad, y para el logro de las libertades de los pueblos sometidos a la lucha por la independencia, será vista como la lucha de los pueblos que en esta América sufren la dependencia. Pueblos que, pueden entenderse fácilmente entre sí mediante la lengua, la cultura y la religión que les fueran impuestas.

En 1815 Simón Bolívar, en la famosa *Carta de Jamaica*, escribía: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí

y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase a los diferentes estados que hayan de formarse". Un ideal para cuya realización encuentra el propio Bolívar, graves impedimentos, confesando al mismo tiempo: "Mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América". Pero ¿caso esta misma América no ha estado unida, integrada, por la dominación, por el coloniaje? Por encima de esas desemejanzas algo ha de haber que dé unidad política a esta América ya culturalmente unida. Y este algo será la lucha contra el enemigo común: el colonialismo. Bolívar, al regreso del destierro inicia la gran epopeya de la liberación, no sólo de su patria natal, sino de los pueblos que formaran la Gran Colombia y más allá de ellos el Perú y Bolivia. Lucha que culmina en la batalla del 9 de diciembre de 1824 en Ayacucho, en la que unidos guerreros llegados de diversas regiones de esta América vencen finalmente a las tropas coloniales españolas. El sueño puede ya transformarse en realidad; así lo entiende Bolívar, pocos días antes de la batalla que ya consideraba ganada, al enviar el 7 de diciembre una Circular invitación a los gobiernos de esta región de América para un Congreso o Asamblea Formal en el istmo de Panamá. Congreso que se lleva a cabo dos años después, a partir del 22 de junio de 1826. Congreso al que los impedimentos de los que era consciente Bolívar, en especial los intereses opuestos, harán fracasar. Anticipando este fracaso no participa personalmente. Será a partir de esa fecha que lo que las armas unidas de los insurgentes habían logrado para vencer al coloniaje, se desvanece frente a los encontrados intereses. Los caudillos militares, ante la indignación del Libertador, empiezan a cobrar sus servicios dividiéndose los pueblos por ellos libertados. La Gran Colombia se desbarata ante los ojos del Libertador que muere lleno de amargura el 17 de diciembre de 1830 en Santa Marta, a punto de desterrarse de la tierra a la que diese libertad.

Un conjunto de naciones, con una indiscutible raíz común cultural, han sido incapaces de integrarse una vez alcanzada la libertad, esto es, incapaces de lograr la integración que la dominación había impuesto. Serán otros imperios, otras formas de coloniaje, las que vuelvan a integrar a esta América en función con sus intereses, ajenos a los de los pueblos que la fornan. La Europa occidental: Inglaterra, Francia y Holanda, pugnaban por ocupar el vacío de poder dejado por España y Portugal en Latinoamérica. Y al norte de medio continente, la nación que se transformaría en

líder del Mundo Occidental, los Estados Unidos asimilaba, por su parte el vasto territorio del oeste de sus primeras fronteras, en 1847 agredió a México quedándose con gran parte de su territorio. El nuevo Imperio era del Atlántico al Pacífico y se detendría en el sur en el Río Bravo. Terminada la guerra intestina los Estados Unidos se aprestaron a unificar el resto de América en función con sus crecientes intereses. El Presidente James Monroe expresaba en 1823 en la doctrina que llevará su nombre: "América para los americanos". Los estadounidenses se han apropiado del nombre de "americanos", lo cual implica "América para los estadounidenses". Se enfrentan dos formas de integración, la soñada por Bolívar y la que proyectará James Monroe. Por ello a lo largo de la historia de los pueblos que Bolívar quería unidos, serán términos contradictorios: bolivarismo y monroísmo.

LA HERENCIA COLONIAL

Es en la herencia colonial, hispana o ibera que encuentra Bolívar el origen de la que se presentará como imposibilidad de esta América para integrarse en la libertad, originando así naciones fuertes tales como las que se originaron en Europa al término del Imperio Romano. "Nosotros —dice en la Carta— somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil". Los pueblos que el Imperio español había originado con su dominación en América no lograron lo que los pueblos que el Imperio romano había originado en Europa. Al desaparecer el Imperio Romano, pese a la diversidad racial y cultural de los pueblos bajo su dominio, se formaron las naciones de la actual Europa. Lengua y leyes, costumbres y diversas expresiones culturales originadas en Roma, dieron a los pueblos bajo su dominio la vertebración que después de la Edad Media hizo posible Europa como unidad sin negación de sus múltiples diversidades. España, el todo como imperio ibero, pese a haber dejado como herencia una lengua y una cultura, no originó naciones capaces de bastarse a sí mismas como lo habían llegado a ser las europeas. Sus leyes sólo fueron leyes para mantener la dominación pero no para integrar a las colonias con el tronco metropolitano. "Yo considero —dice Bolívar— que el estado actual de la América, como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones". Pero, agrega, "con esta notable diferencia, que

aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas a los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles". Esto es, mientras los pueblos dominados por Roma mantuvieron su identidad y a partir de ella asimilaron la lengua, las leyes, las costumbres y cultura del Imperio, en esta América lo que el imperio ibero impuso a la América bajo su dependencia aparecía como algo opuesto a la identidad de los pueblos así dominados. Y lo que sería más grave, el mestizaje resultado como identidad propia del hombre nacido en estas tierras, apareció como contraria a la identidad del pueblo dominante. El hombre, resultado de tal mestizaje surgió como un ente dividido, obligado a elegir una identidad que no se conformaba con sus propios sentimientos. Roma había originado pueblos en los que se había conjugado lo que eran con lo que recibían, y habían hecho de lo recibido ampliación de lo propio. La América de que habla Bolívar no había podido lograr esto. "En suma —decía—, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores". Por ello nos hallamos así, "en el caso más extraordinario y complicado" de la historia. El mestizaje racial y cultural que había permitido a Roma rebasarse a sí misma, más allá de su existencia, manteniendo su propia existencia en la de los pueblos por ella formados; en cambio la América formada por el imperio ibero aparecía ésta como un mundo que lejos de prolongar a la propia Iberia era visto como su degradación. A lo que se agregaría algo más para los iberoamericanos y la conciencia de ser parte del mundo al que otros pueblos y culturas de la misma Europa habían marginado, esto es, puesto fuera de la historia que seguía haciéndose. Una historia a la que los pueblos de esta misma América tratarían en vano de hacer suyo, impidiéndolo su propia y contradictoria herencia. Con la Península Ibérica marginada de la nueva historia europea, quedaban también los pueblos sin identidad propia de esta América originadas por la acción imperial, colonizadora.

LIBRE CAMBIO DE DEPENDENCIA

La cultura romana había mestizado a los hombres y culturas sobre los cuales alzó su imperio. La cultura ibera haría lo mismo, a pesar suyo, esto es, a pesar de los creadores del imperio que preten-

dieron hacerlo descansar en el orden expresado en la filosofía de Aristóteles y en la escolástica dentro del cual los hombres; aun formando parte de un mismo cosmos o naturaleza, se distinguían entre sí por esa misma naturaleza. De acuerdo con ello, existían hombres nacidos para mandar y hombres nacidos para obedecer. Mundo de amos y esclavos por naturaleza señores y siervos, que no podía ser transgredido sin que tal transgresión no pudiese ser otra cosa más que corrupción o degradación, de lo que era por naturaleza. La justificación de la conquista expresada en la concepción de un Juan Ginés de Sepúlveda se enfrentaba así al racionalismo moderno de Bartolomé de las Casas, según la cual todos los hombres eran iguales entre sí por poseer una razón o entendimiento. Dentro del mundo aristotélico y escolástico, no será aceptable una mestización entre desiguales, porque ello implicaba corrupción. Extraordinaria y difícil situación para pueblos que entraban a la historia arrastrando la corrupción de su encontrado origen, originando la conciencia de bastardía y de ilegitimidad. Roma, en cambio había originado pueblos orgullosos del pasado imperial y dispuestos a recrear una y otra vez tal pasado, como lo fueron los intentos de creación del Sacro Imperio Romano. O bien naciones que se sentían orgullosas y enraizadas en la Roma que les había vertebrado. Iberia no está en la arrogancia de los creadores del imperio, había originado pueblos que veían su doble pasado, de conquistadores y conquistados como una vergüenza, como el origen de su bastardía: Bastardos de España y con ello también bastardos de la nueva Europa, del llamado mundo occidental.

Simón Bolívar en el Discurso al Congreso de Angostura de 1819, decía a los hombres que con él iniciaban la formación de una nueva América: "Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de importancia vital. Tenemos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y este se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esa desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia".

¡Es imposible asignar con propiedad a qué familia pertenecemos! Identidad dividida a la que la mestización lejos de unificar daba origen a una peculiar expresión de lo humano al parecer, distinto del ideal de humanidad elaborado por la cultura greco-romana, europeo y occidental. Homúnculo había llamado Sepúlveda al nacido en esta América, hombre menos que hombre, hombrecillo. Otra generación, la que siguiese a la de los libertadores, la del argentino Domingo F. Sarmiento se preguntará, como Bolívar, "¿Qué somos? ¿Europeos? Tantas caras cobrizas nos demienten. ¿Indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la respuesta. ¿Mestizos? Nadie quiere serlo, y hay millares que no americanos ni argentinos quieren ser llamados. ¿Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientó?".

El coloniaje ibero lejos de unificar, de dar sentido, a los hombres de la América bajo su dominio había impedido toda posibilidad de identidad y con ello habían puesto a los pueblos surgidos de este coloniaje fuera de la historia. Fuera de la historia ya bajo la iniciativa de la otra Europa, de la Europa al otro lado de los Pirineos. La Europa que había ya encontrado su más alta cristalización en la América del Norte, en la América Sajona, los Estados Unidos. El llamado Mundo Occidental que iba de Europa al norte de América. Al otro lado de esta América y como al otro lado de Europa estaba la barbarie, el salvajismo en su forma primitiva o rezagada. La barbarie que en Europa se consideraba estaba al oriente de las grandes estepas y al sur de los Pirineos, como en América al sur del Río Grande que separaba la América Sajona de la que sería llamada América Latina. Preocupación central de los latinoamericanos, de los civilizadores, que también así pensaban, será completar la tarea de los libertadores, saltando el abismo que separaba a la civilización de la barbarie. Y barbarie era el indio, el negro, el mestizaje y el mismo mundo originado por la colonización ibera en América. Había que salvar el abismo mediante un gran lavado de cerebro y de sangre. Había que hacer de los latinoamericanos hombres prácticos, como prácticos eran los pueblos que habían creado a la joven Europa y los Estados Unidos. Para ello habría que educarlos en filosofías como el positivismo, el utilitarismo y otras más de las que parecía derivarse el espíritu avasallador del Progreso en esos pueblos. Educar y cambiar la sangre de los hombres de esta América. Para ello atraer los hombres que hicieran por esta misma América lo que ya habían hecho por la Europa occidental y por los Estados Unidos. "¡Seamos los Estados Unidos de la América del

Sur!" gritaba Sarmiento. Pero ya que por nuestro modo de ser, somos incapaces de explotar nuestras riquezas, dice Juan Bautista Alberdi, entreguemos la explotación de las mismas a los hombres que saben ya cómo pueden explotarlas, cómo hacerlas producir.

Así, incapacitados por su educación e índole para el uso de las nuevas técnicas, para el uso de la ciencia que estaba haciendo la grandeza de Mundo Occidental, los pueblos liberados del coloniaje ibero y desunidos por su incapacidad para organizarse en un orden distinto del orden del que habían sido siervos, los latinoamericanos debían ahora integrarse bajo una nueva dependencia, la dependencia del discípulo que tiene mucho que aprender del nuevo maestro. No habiendo sido educados ni para la libertad ni para el progreso, los latinoamericanos deberían entonces aceptar libremente la dependencia de los que podían ser sus nuevos maestros. Vanas serían las advertencias que, con anterioridad a este proyecto, había ya lanzado Simón Bolívar contra la adopción de nuevos amos, de nuevos señores que lejos de enseñar a los latinoamericanos harían de ellos instrumentos para su propio desarrollo e interés. Nada de esto contaría, había, por el contrario, que tratar de arrancarse de la mente y la sangre la herencia colonial ibera; y apropiarse de la herencia que los nuevos pueblos en Europa y Estados Unidos estaban originando.

SURGE EL PANAMERICANISMO

Casi al término del pasado siglo XIX los Estados Unidos, terminada la división que se había planteado entre los llamados Estados del Norte y los del Sur; asimiladas igualmente las tierras que habían tomado a México en la guerra de 1847, alcanzada la última frontera en su marcha hacia el Oeste, se preparaban a marchar hacia el sur, sobre el Pacífico, el Golfo de México, las Antillas y Centroamérica. El "América para los americanos", esto es, para los estadounidenses, de James Monroe resultaba la doctrina adecuada para justificar su nueva expansión. Nuevas fronteras eran señaladas como meta. Por un lado se empezó a hablar de la expulsión del imperialismo europeo de sus enclaves en América, en especial en el Caribe. ¡Fuera de las Américas las potencias no americanas! ¡Fuera de América los últimos baluartes del colonialismo español, inglés, francés y holandés. Los Estados Unidos serían los líderes de una América unida bajo y en torno a sus intereses. Cualquier otro tipo de unidad que no respondiese a estos intereses sería de inmediato desechado. Fue así, tiempo antes, que los delegados estado-

unidenses enviados al Congreso de Panamá convocado por Bolívar llevasen instrucciones para torpedear cualquier intento de integración latinoamericana que no fuese controlada en el futuro por los Estados Unidos. Se trataba, también, de impedir cualquier intento por llevar la gesta bolivariana de liberación a las Antillas, como a Cuba. Cuba debería reservarse como futura presa estadounidense. En tal sentido se enfocarán los esfuerzos del expansionismo estadounidense al término del siglo XIX, se enfrenta en primer lugar a España, para expulsarla de sus últimas posesiones en América, en el Caribe.

Pero antes de ser iniciada esta nueva expansión del imperialismo estadounidense, se pondrá en marcha un nuevo ideal de unidad americana bajo control de los Estados Unidos: el Panamericanismo. Se consideró que ésta sería una empresa fácil en una Latinoamérica dividida, acomplejada, en vista de que muchos de sus conductores políticos soñaban con ser otros Estados Unidos o, al menos, ser parte de los mismos como la mejor forma de salir del error histórico que en su opinión había significado el colonialismo ibero. Pese a ello, el ideal bolivariano seguía siendo una preocupación latinoamericana, así se había expresado en la "Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas" del chileno Francisco Bilbao escrito en 1856 y en el "Estudio sobre la idea de una Liga Americana" del panameño Justo Arosemena en 1864. Preocupaciones que respondían a su vez a dos nuevos intentos de anfitriónía bolivariana, el Primer Congreso de Lima, reunido entre 1847 y 48 y el Segundo Congreso también de Lima en 1864. Pero la discordia reinante entre varias naciones latinoamericanas, había impedido los nuevos esfuerzos: la Guerra del Paraguay entre 1865 y 1870 y la del Pacífico entre 1879 y 1883. La unión de los pueblos latinoamericanos como tales, seguía siendo una lejana utopía. El desencanto y la búsqueda de nuevos modelos pareció favorecer en el intento Panamericano promovido por los Estados Unidos.

En septiembre de 1889, los Estados Unidos convocaron, en la ciudad de New York a la Primera Reunión Panamericana. La convocaba el senador James G. Blaine, personaje corrupto de la política estadounidense, insistente aspirante a la presidencia de los Estados Unidos. Veía en esta reunión un buen instrumento para su insistentes manipulaciones políticas en relación con sus aspiraciones. En la supuesta unión Panamericana, la de los Estados Unidos con los países al sur de sus fronteras, podía encontrar un buen instru-

mento para esas manipulaciones. Esto es, la política internacional vista en función con los negocios y para la manipulación dentro de la misma política de la nación que aspiraba a ser la metrópoli del llamado Mundo Occidental. A esta reunión asistirá, el cubano José Martí como cronista del diario "La Nación" de Buenos Aires. Hablando de la conferencia escribía: "Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso que el convite que los Estados Unidos, potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menor poder, ligados por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo". Martí, como antes Bolívar, prevenía a esta nuestra América de las acechanzas del joven y poderoso imperio que empezaba a despuntar. "De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia". Libre de la dependencia hispana esta América estaba ya cayendo en las garras de la nueva dependencia de la que había que salirse a tiempo.

De diversas partes de esta otra América, la nuestra, llegaban algunos representantes. "Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al Congreso que llaman aquí de Pan-América, aunque ya no será de toda", ya que algunos países que habían tenido trato con los Estados Unidos miraban con desconfianza la reunión. "Las entrañas del Congreso están como todas las entrañas donde no se las ve". Martí relata y describe a varios de los asistentes que llegan con poderes para comprometerse si es necesario. Destacados representantes de la lejana Argentina: don Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña. Blaine ofrece un banquete y brinda "¡A la amistad perpetua y la prosperidad de todos los Estados Americanos". Pero ya en la misma inauguración surge la tormenta. "Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, de la Argentina y Varas y Alfonso, de Chile, capitanearon el ataque contra Blaine con la simpatía y ayuda de muchos otros delegados", contra "el conato de poner de presidente a Blaine, en un Congreso del que Blaine no es miembro". Se perfilaba ya la manipulación sobre la América con el pretexto de unificar los intereses de las Américas con preminencia de los Estados Unidos y políticos como Blaine. La prensa habla del Congreso de Blaine, algunos hablan de Destino

Manifiesto y declaman sin empacho "Ya es nuestro el Golfo". Ahora bien, ¿cómo integrar los intereses de esta nuestra América con los de los Estados Unidos? se pregunta Martí, ¿cómo? "frente a la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás y no se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar con la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no pueden vender, y confederarse para su dominio". Martí preveía lo que pronto iba a llegar una vez que el Coloso acabase de digerir lo arrebatado a pieles rojas y mexicanos en su marcha hacia el Sur y el Far West. La digestión estaba terminando, el Congreso tenía que servir de justificación para alcanzar nuevas fronteras, sobre América Latina, sobre el Golfo y el Pacífico e, inclusive, como diría algún entusiasta publicista, "hacia las estrellas" que así aumentarían las de su estandarte. Se habló de la caduca Europa, cuyas posesiones debían pasar a esa "América para los americanos", esto es para los estadounidenses. Los Estados Unidos tendrían ahora que tutorear el desarrollo de las otras Américas". "Tutores en la juventud, amos en la madurez", había dicho ya Bolívar.

Chocaron latinoamericanos con los astutos estadounidenses. En estos choques son los argentinos los que van poniendo, en especial, los puntos sobre las íes. Martí relata la contienda que allí se desata por los ya alertados latinoamericanos que se han dado cuenta de la trampa. "¡Pues la delegación del Norte no ha de parecer burlada por esa "gente del sur" —dicen los estadounidenses—. Por arte, o por intimidación, hay que sacar los tratados de arbitraje". La Argentina sigue firme en lo que respecta al proyecto de arbitraje que ha de privar en las naciones de esta América. Se planteó una declaración contra la Conquista. "En nuestra América —dice comentando Martí— no puede haber Caínes. ¡Nuestra América es una! Pero la otra América se negó a firmar el proyecto que declara "eliminada para siempre la conquista del derecho público americano". Los Estados Unidos, a regañadientes aceptaban que sólo sea por veinte años". ¿Por qué esta negativa? Explicaron los estadounidenses que si no México podía reclamar los territorios perdidos por la guerra de conquista realizada en 1847 por los Estados Unidos. La Comisión, pese a los Estados Unidos y sin ellos firma la declaración contra la conquista. En la Asamblea General todos los representantes latinoamericanos votan contra la Conquista, salvo los

Estados Unidos que insisten con un rotundo NO. No se trata, dice el argentino queriéndolos convencer de reabrir culpas pasadas, sino de imponer que los pueblos de América se manchen con nuevas culpas. Presionado Quintana por otros latinoamericanos, acepta los veinte años y se vota así unánimemente. Latinoamérica empezaba a ser manipulada. En otra discusión sobre arbitraje el argentino Roque Sáenz Peña enfrentaría la tesis de Monroe, "América para los americanos", con un "¡Sea América para la humanidad!". Era la protesta contra el aislacionismo que en beneficio de sus intereses proponían los Estados Unidos. La doctrina Monroe convertía a la América Latina en el traspatio de sus intereses, mientras los mejores hombres de esta misma América pugnaban por hacer de esta América crisol abierto a toda la humanidad. Crisol, Raza cósmica, como lo expresaría años después el mexicano José Vasconcelos. El primer encuentro había terminado. Pese a la desconfianza se había impuesto la creación de una pequeña oficina con sede en Washington, que sería años después la Unión Panamericana y actualmente la Organización de Estados Americanos. Se integraban las ovejas con el lobo, las sardinas con el tiburón. Nada tenía que ver el Panamericanismo con el ideal bolivariano que aspiraba unir a esta América y, a partir de esta unidad, a la América con el resto de la humanidad.

LA RESPUESTA LATINOAMERICANA

La conquista sobre los pueblos americanos quedaba aplazada por veinte años, de acuerdo con los deseos de los Estados Unidos para que se obtuviese unanimidad. Esto había sido aceptado en 1889. Pero el joven imperio no podía esperar tanto tiempo, en 1898 los Estados Unidos declaran la guerra a España, enfrascada en la lucha contra la insurrección patriótica, empezada simultáneamente en Cuba y en Filipinas. El ya inexistente imperio español vio cómo era fácilmente sacrificada su armada en la Habana y en Manila; pero también los insurrectos vieron cómo eran burlados sus esfuerzos por alcanzar la independencia. Los Estados Unidos empezaban a poner en marcha su sueño de hacer del Golfo un estuario estadounidense y de Filipinas una avanzada más de su expansión hacia el Asia. Filipinas quedaba bajo el dominio de los Estados Unidos, se establecía un protectorado sobre Cuba ampliado a todos los territorios que fueran colonias españolas, Santo Domingo y Puerto Rico.

Era el inicio de realización de la nueva filosofía imperial animada

por jóvenes republicanos como Albert J. Beveridge y Theodore Roosevelt. El Post de Washington había expresado por esos días: "Una nueva conciencia parece haberse revelado entre nosotros: la conciencia de la fuerza; y con ella un nuevo deseo: el hacer gala de ella". "Ambición, interés, hambre de tierra, orgullo, la mera alegría de luchar; sea lo que fuere estamos animados por una nueva llama. Nos enfrentamos a un extraño destino. El sabor del imperio está en la boca del pueblo, como el sabor de la sangre en la selva. Significa una política imperial: la república renaciente ocupando su puesto entre las naciones armadas". Hacia el sur seguiría la marcha desplazando intereses extraños a esa América, de los Estados Unidos. Centro América hasta Panamá, por lo pronto, Morison y Comanger, historiadores de los Estados Unidos, escriben: "Cuando después de una década de luchas y agitaciones, las cosas se apaciguaron, los Estados Unidos se encontraron con un rango de potencia mundial, poseedores de territorios en Puerto Rico, Hawai, Midway, Guam, Tutuila y las Filipinas, ejerciendo protectorado sobre Cuba, Panamá y Nicaragua, y dueños de intereses e influencias en el Lejano Oriente".

La guerra Hispano-Americana de 1898 haría a su vez de poderoso despertador en la América Latina. El proyecto de los civilizadores y positivistas latinoamericanos, encarnados centralmente en el pensamiento y política de un Sarmiento y un Alberdi, saltaba hecho añicos: los pueblos de esta América no podían ni debían ser otros Estados Unidos. Pues los Estados Unidos eran los más interesados en que esto no sucediese. La doctrina Monroe era un claro "América para los Estados Unidos". La América Latina debería así volver sobre sí misma para buscar, en su propio modo de ser, en sus experiencias históricas, la identidad a partir de la cual pudiese fortalecerse y resistir los embates del nuevo imperialismo. José Martí que no había alcanzado a ser testigo de la nueva expansión, al morir en 1895 en su lucha contra el colonialismo español, sabía ya del nuevo agresor, sabía de la nueva dominación y sobre ella había venido alertando a los latinoamericanos. Había que volver a las propias raíces y hacer realidad el ideal bolivariano de una América unida, integrada, por la voluntad de sus pueblos. "Nuestra América" será el testamento del patriota cubano para esa su América. Una América que no tenía porqué imitar instituciones, cultura y modos de vida que le fueran extraños. Otro latinoamericano, el uruguayo José Enrique Rodó, en sus ensayos "*El que vendrá*" y *Ariel*, se lanza contra la nefasta imitación, contra el proyecto mediante el cual se quería hacer de esta América lo que no era. Se

lanza contra la *nordomanía*, contra el inútil afán por semejarse a los nuevos colonizadores. Contra el libre sometimiento a nuevos señores esperando a ser así convidados en el banquete de su prosperidad, de su discutido progreso. Otra vez volvería a vivir el ideal bolivariano en la búsqueda de la integración de esta nuestra América. A las voces de Martí y Rodó se unirían las de los mexicanos José Vasconcelos, Antonio Caso y Alfonso Reyes; la de Alejandro O'Destua en el Perú; Carlos Vaz Ferreira en Uruguay; Alejandro Kom, José Ingenieros, Manuel Ugarte y Alfredo L. Palacios en la Argentina; Varona en Cuba; Hostos en Puerto Rico, Pedro Henríquez Ureña de Santo Domingo. El poeta Darío apostrofará al imperio cantado por Walt Whitman, ensalzando a la América que rezaba en español.

En 1910 da inicio la Revolución Mexicana que brota de la tierra americana, de sus hombres, de sus anhelos, de toda una historia que nada tenía que ver con proyectos ajenos a ella. Frente al imperialismo se enarbola el nacionalismo. Un nacionalismo defensivo que trata de hacer respetar lo propio, lo que es de su pueblo. Nacionalismo que es, por lo mismo, anti-imperialismo y se hace expreso surgiendo este nacionalismo y anti-imperialismo como consigna a lo largo de esta América. En la ciudad de Córdoba, Argentina, en 1918, la juventud estudiosa inicia la Reforma Universitaria, será un detonante que se extenderá a lo largo de toda esta América. Estamos "pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana", dice el "Manifiesto de Córdoba". "La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su federación, saluda a los compañeros de América toda y los incita a colaborar en la obra de libertad que inicia". De aquí se derivaría una serie de pronunciamientos universitarios en defensa de la unidad de esta América, de la América Latina llamada así con todo derecho. Pronunciamientos, igualmente, anti-imperialistas. La reforma universitaria aparece como un nuevo y poderoso intento de reforma nacional, pero vista la nación como expresión de lo que los mismos argentinos llamarán la Patria Grande, América, Latinoamérica en concreto. "Que al declarar que estamos al comienzo —dice otro de los pronunciamientos de Córdoba— de una nueva civilización, cuya sede radicará en América, reconociendo como aspiración colectiva la realización de una democracia sin dogmas, se hace necesario romper con todos los vínculos que nos ligan a las viejas civilizaciones y en particular a la tradición colonial, completando la obra de los revolucionarios de mayo". Dentro de este movimiento que se extiende a toda Latinoamérica y en conjunción con lo que

para la misma juventud representa la Revolución Mexicana aparece, entre otros jóvenes, el peruano Raúl Haya de la Torre que funda un partido de aspiraciones latinoamericanas de unidad, el APRA. En 1938 Lázaro Cárdenas nacionaliza el petróleo enfrentado así al poderoso imperialismo. Políticas de cortes nacionalistas y populistas como el varguismo y el peronismo, se hacen expresas a lo largo de la América Latina planteándose como aspiración la unidad en la lucha contra un enemigo común. Tal sería la respuesta al poderoso imperialismo que iniciase su carrera en 1898 sobre el Caribe y que buscaba justificarse, al mismo tiempo que hacer de esta justificación un instrumento de manipulación, a través del Panamericanismo.

¿LA HORA DE BOLIVAR?

La Unión Panamericana, convertida en la Organización de Estados Americanos, se verá de inmediato, respondía más a lo expreso en la doctrina de Monroe de "América para los estadounidenses", que a la doctrina de Bolívar, para crear una Confederación de Naciones libremente agrupadas en el logro de metas comunes. El espíritu manipulador que animó a quienes habían convocado al Primer Congreso Panamericano en 1889 seguiría animando la continuidad del organismo creado. Se siguió hablando de la unidad y seguridad americanas, de los intereses americanos y de las acciones que habían de ser realizadas para mantener esta unidad y el espíritu de solidaridad que debería animar al dicho organismo. Entre otros instrumentos de supuesta defensa del Continente se crea dentro de la OEA el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Tratado que no funcionará contra ninguna potencia fuera de América, sino sólo contra las mismas naciones latinoamericanas en cuanto las mismas trataban de salir de los lineamientos marcados por su principal miembro, los Estados Unidos o de cualquiera de sus fieles. La nación cuyo gobierno discrepaba de esos intereses, era de inmediato marginado de la comunidad americana. Dentro de los términos de la guerra fría, que se inicia al término de la Segunda Gran Guerra, el discrepante pasaba a formar parte del bloque opuesto al que comandan los Estados Unidos, estuviesen o no, de acuerdo los pueblos así tratados. Este criterio se aplica contra la Revolución Cubana en 1962, como antes se había aplicado a la Revolución de Guatemala en 1954. Se desestabilizan igualmente gobiernos como los de Getulio Vargas o sus herederos y el de Perón, entre otros. Para estas desestabilizaciones se sirven de los herederos

de los ejércitos, surgidos como libertadores como Bolívar los había creado, para transformarse en represores de sus propios pueblos, cobrándose así por su lucha por la liberación, los cuales no tendrían empacho, en relación con sus limitados intereses, en servir de instrumentos de orden del imperialismo.

Las sanciones de la OEA, como las previstas en el TIAR, funcionan así contra el pueblo cubano, contra el pueblo de Santo Domingo y se pretende hacerlas funcionar para sacrificar la insurrección del pueblo de Nicaragua, al igual que posteriormente la del pueblo de El Salvador. Todos los gobiernos latinoamericanos, encabezados por Estados Unidos, excepción hecha de México, rompen así con el pueblo cubano. Igualmente un poderoso ejército estadounidense, acompañado por algún puñado de soldados de algunos países latinoamericanos desembarcan en Santo Domingo en 1965, para combatir el "comunismo" expreso en reformas sociales que la misma Alianza para el Progreso preveía como algo necesario en Latinoamérica. Pese a todo esto Nicaragua logra mantenerse, como antes Cuba. Aquella, como ésta será objeto de sanciones, cercos y provocaciones sin cuento. Para terminar la insurrección en El Salvador, que temen se extienda a otros pueblos de Centroamérica, propone la misma aplicación del TIAR, haciendo de este instrumento, supuestamente defensivo de la integridad de los pueblos de América, un instrumento para su represión.

Todo este aparato de control y represivo entra sin embargo, en crisis el 30 de abril del presente 1982. Es la fecha en la que los Estados Unidos condena y decreta castigos a la Argentina por su disputa con la Gran Bretaña. Se castiga al mismo pueblo argentino por la acción del gobierno militar contra Inglaterra invadiendo las Islas Malvinas que, ciento cincuenta años atrás, en un acto de piratería le habían arrebatado los ingleses. Una vieja deuda que el gobierno militar decide utilizar en función con su estabilidad interna. Dicho gobierno había sido, hasta esa fecha, un fiel servidor de los intereses imperiales. No sólo manteniendo el orden interno sino participando en la represión contra pueblos como el de El Salvador. El ejército argentino esperaba, si no apoyo, sí la neutralidad estadounidense al reivindicar la posesión de las Islas frente a sus costas y a miles de millas de distancia de la vieja Inglaterra. Los Estados Unidos, que a través de la Doctrina Monroe, habían expresado su voluntad de expulsar de esta América cualquier poder extracontinental se mostrarán ahora partidarios de una Inglaterra empeñada en mantener sus posesiones coloniales. Así, la respuesta a

un acto, realizado en función a la estabilidad del gobierno militar argentino, es contestado como un gigantesco despliegue de fuerza inglesa que moviliza a las dos terceras partes de su flota para recuperar las Islas Malvinas, contando además con la solidaridad de la Comunidad Económica Europea que condena y aplica sanciones económicas a la Argentina. El primer tropiezo, y toma de conciencia de la realidad lo tendrá Argentina ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que si bien sabía de los justos de los reclamos argentinos, lo condenaba por usar la fuerza, condena que a su vez da el pretexto a Inglaterra para supuestamente encargarse con las armas de dar cumplimiento al acuerdo 502 que exigía a la Argentina su retiro de las Malvinas, aunque también pedía a Inglaterra se abstuviese de movilizar su flota. El máximo despertar lo originará la actitud de Estados Unidos, siempre dispuesto a pedir la aplicación del TIAR frente a Cuba, Nicaragua, El Salvador, pero que niega ahora su aplicación frente a la presencia armada de Inglaterra en el Atlántico Sur para recuperar las Malvinas amenazando al mismo Continente. Los Estados Unidos consideraron que tienen otro compromiso superior, con Europa en la OTAN. Todo lo cual dejaba bien expreso la relación que los Estados Unidos mantenían respecto a sus compromisos con Latinoamérica. En función con sus compromisos con Europa, no sólo se negaba a la aplicación del TIAR contra Inglaterra, sino además condenaba y castigaba a la Argentina por actuar fuera de sus principales intereses, relacionaron prioritariamente a la pugna Este -Oeste, Mundo Occidental - URSS. ¿No era acaso esta actitud una negación de la doctrina Monroe? No, simplemente su natural aplicación ya que Inglaterra, más que intruso, ajeno a los Estados Unidos servía a los fines de estos como líder que es del mundo enfrentado al socialista. El gobierno argentino había calculado mal, sus servicios a los Estados Unidos en América; nada contaban en relación con los intereses de estos en la contienda por la hegemonía mundial. Se trataba de un pequeño socio y por ello fácilmente desechable, Inglaterra era el socio más importante en la contienda Este-Oeste mantenida por los Estados Unidos.

La postura tomada por los Estados Unidos era no sólo contra la Argentina sino contra toda la América Latina agrupada en la OEA: ponía de manifiesto, sin tapujo alguno al auténtico significado de la Doctrina Monroe, pero también el del Panamericanismo creado bajo su auspicio. Queda en claro, también, que instrumentos supuestamente defensivos como el TIAR eran sólo instrumentos represivos a su exclusivo servicio. Y algo más, queda en claro el po-

co, o ningún respeto, que les merecen ejércitos que olvidando su misión nacional se habían puesto a su servicio. La campaña para justificar el envío de la flota inglesa, los ataques militares, los castigos económicos y la razón por la cual los Estados Unidos se aliaban con Inglaterra, partirían ahora de la acusación de que el gobierno argentino era conducido por una dictadura militar, brutalmente represiva que había ensangrentado a la nación, asesinando y haciendo desaparecer a muchos de sus propios nacionales. Lo que se olvida decir es que eran las mismas potencias, que ahora se desgarraban las vestiduras, las que habían propiciado y pagado violencia, la represión. Que era en su servicio e intereses que muchos de los crímenes de que se les acusaban habían sido cometidos.

Con independencia de la actitud que los militares argentinos hubiesen tomado frente a su propio pueblo estaban además los antecedentes históricos del mismo pueblo argentino. Los que le marcaron sus conductores, los civilizadores: supuestamente los de vencer la barbarie heredada de la colonización hispana y para incorporarse así al mundo occidental, a partir de la aceptación de una dependencia que se suponía le permitiría aprender en su proverbio lo que el pasado colonial había impedido a los argentinos. Los civilizadores argentinos ya en el siglo XIX, habían propiciado una fuerte inmigración para así cambiar la sangre indígena, mestiza y criolla, que habían heredado del coloniaje hispano. Ser los Estados de la América del Sur, asimilar como propios los valores de la cultura europea occidental fue el programa. Lo cual no impidió, sin embargo, como hemos visto, una actitud como la tomada por la delegación argentina en la Primera Reunión Panamericana de New York en 1889, ni tampoco el latinoamericano que hizo explosión en la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918. De cualquier forma la élite cultural argentina se sentía más cerca de Europa que de los pobres y bárbaros pueblos del resto de Latinoamérica. Como pecado original consideraban la llegada a esta América bárbara, de los inmigrantes europeos que así desconectaban a sus hijos de la cultura por excelencia, de la cultura occidental. Frente a esta actitud, movimientos políticos de un Juan Manuel de Rosas en el siglo XIX, cuyo ponente proyecto había sido vencido por el de los civilizadores como lo fuera Domingo F. Sarmiento su gran rival. Pero de una y otra manera esta nación se sentía extraña al resto de una América de indios, criollos y mestizos. La reciente derrota del peronismo había significado una vez más el triunfo de la civilización sobre la barbarie. Por ello el gobierno militar argentino se declara una y otra vez "cristiano y occidental", además de "blanco". Pero he

aquí que los Estados Unidos, junto con Europa, rechazan esta pretensión. Argentina resulta ser como el resto de los pueblos de la América Latina; un país menor, subdesarrollado, que puede ser un buen servidor pero nunca un igual. Inglaterra, con el visto bueno de los Estados Unidos se aprestará así a castigar su insolencia como se castigaría a cualquier otro país de los llamados del Tercer Mundo, formado por indígenas y mestizos sin importar el color de su piel. "No nos arrojen del mundo occidental", gritan algunas mujeres en el Obelisco. Somos cristianos y occidentales, queremos seguir siéndolo. Pero es obvio que los hombres de esta América, del Río Bravo al Cabo de Hornos son algo peculiar, como ya lo hacían notar Bolívar y Sarmiento. Y como peculiares, extraños a la idea que sobre su propia humanidad e intereses tiene el mundo occidental, los Estados Unidos y Europa.

Los sucesos y lecciones de la Argentina, han entrado en la conciencia de sus hombres, militares y civiles, como un ardiente hierro que está haciendo que vuelvan sobre sí mismos, sobre la realidad en que se encuentran, tomando conciencia de la misma para su asimilación. Y lo mismo sucede a lo largo de toda la América, la que Martí llamaba Nuestra América. Es por esta toma de conciencia que el ideal bolivariano puede transformarse en realidad; de él hablan ya, nuevamente, en un pueblo, como el argentino que, en el pasado fuera el primero en torpedear su realización. Es también el sueño de un San Martín, no enfrentado a Bolívar, sino participando en su realización al abstenerse generosamente de un mandato que podía haber dividido la posibilidad de esta realización. La América Latina, española, ibera, Nuestra América, parece retomar el viejo ideal para el logro de una comunidad entre hombres y pueblos iguales; no más ya en relación de subordinación ante quienes hacen gala de una supuesta superioridad. ¿A dónde iremos? preguntaba Bolívar en su lecho de muerte. "A la América —dice Martí— ¡A nuestra América!" "¡Así de hijo en hijo mientras la América viva el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!". Bolívar está "en el cielo de América vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear". Así "está él, cansadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho tiene que hacer en América todavía".

LEOPOLDO ZEA. Filósofo y escritor mexicano, profesor de la Universidad Autónoma de México, autor de tratados sobre integración latinoamericana y bolivarianismo, coordinador de la Asociación Latinoamericana de estudios sobre América Latina y el Caribe (Solar).